Capítulo segundo

Ejército y sociedad

Benjamín García Sanz

Introducción

Cuando se habla de recortes muchos españoles inmediatamente piensan en el Ejército. Aunque la realidad no es así para la mayoría, los que se oponen insisten en que sobra el Ejército y toda la parafernalia que va unida a él: los centros en los que trabajan los jefes y soldados, los múltiples cargos que acumulan, la innecesaria investigación que realizan para el ataque o la defensa y, finalmente, el material de guerra que se acumula, envejece y se adapta. Toda esta gente, especialmente los jóvenes, creen que los Ejércitos y las guerras son innecesarios, cuando ellos mismos se mezclan en enfrentamientos y reyertas que otros tienen que apaciguar. Y no digamos los pueblos. La guerra siempre está latente entre las personas y, si estalla, es por intereses no resueltos. En ocasiones el enfrentamiento se produce porque los pueblos no aceptan al otro, al próximo, con el que conviven y comparten territorio y otros pormenores. O por intereses que están encontrados. Se dice que es el poder el que necesita al Ejército, pero más bien es el pueblo el que da el poder y necesita al Ejército para mantener la democracia.

El conflicto bélico siempre está latente, y basta que un pueblo no esté armado para incentivar en el otro, el más equipado, el asalto o la ambición para su expansión, que no para su defensa.

El conflicto armado no siempre tiene que terminar en guerra. Hoy son impensables las guerras tal como se desarrollaron en el siglo XIX e, incluso,

en las dos guerras mundiales. Las guerras en la actualidad han tomado otro cariz. Son más técnicas y más sofisticadas. No se promueve el conflicto entre las poblaciones y sí entre los gobiernos. Se quiere buscar con ello desarmar al enemigo utilizando medios materiales, si es posible, más sofisticados, para destruirle. Por todos los medios se pretende salvar a la población civil del conflicto, a no ser que esta contribuya como trampolín para ocultar a los verdaderos culpables del descontento (de la guerra), como dicen que ha sucedido en Siria.

Ejército y sociedad a lo largo de la historia

La historia nos demuestra que siempre ha habido Ejército, o al menos estructuras de defensa, mandos y tropa. No voy a desarrollar aquí la estructura de mandos y cómo ha evolucionado; el Ejército siempre ha contado con una jerarquía que ha sido muy valorada por la sociedad española. En este capítulo pretendo analizar la evolución de las tropas que, por otro lado, han sido piezas totalmente necesarias para la evolución de los conflictos bélicos. Sin tropas no hay Ejército, pero tampoco sin una organización y una jerarquía de mando.

Primero, y centrándonos en la modernidad de nuestro Ejército, fueron los hidalgos, luego se apeló a los mercenarios, en tercer lugar se aprobaron las soldadas, se llegó así a los Ejércitos regulares para terminar, finalmente, en los Ejércitos profesionales. Todos ellos, aunque con matices, constituyen piezas fundamentales de nuestra historia y son los artífices de las victorias y de los fracasos que actualmente jalonan nuestro pasado.

En la Edad Media la defensa se realizaba, entre otros, con los hidalgos. Cada señor feudal tenía sus propias mesnadas que utilizaba cuando era atacado por otros señores feudales. Los hidalgos eran personas importantes que destacaban por encima de los demás porque tenían en su propiedad una espada y un caballo. Cuando se institucionalizó la defensa, no eran nobles pero se asimilaban a ellos en la categoría profesional. Se acudía a ellos y estaban preparados para ayudar al señor de turno, al señor feudal. En el norte eran la mayoría, y prueba de ello son los escudos y blasones que aparecen en las casas de muchos pueblos. Pero poco a poco esta figura se fue difuminando hasta llegar al sur en la que una minoría era identificada con esta figura. A partir de la Edad Media este grupo, los hidalgos, eran una clase acomodada y prestigiada. Incluso llegaron a tener su propio estatuto, su representación y sus privilegios. Eran no pecheros. En la mayoría de los ayuntamientos de España había dos alcaldes, uno que representaba al pueblo llano y otro a los hidalgos. Con el tiempo. esta figura se fue diluyendo y solo unos pocos gozaron de ser una clase acomodada, siendo el resto uno más de los campesinos; llegó, incluso, alguno de ellos a constituir el grupo de los pobres de la lo-

calidad. Tal es así que algunos se vieron obligados a demostrar su hidalguía, unos, porque su situación real no se ajustaba a la situación anterior cuando recibieron el título, y otros, porque, aun ascendiendo en la escala social, no tenían la acreditación que justificaba su ascenso.

Pero pronto los hidalgos perdieron su importancia, una vez que con los Reyes Católicos se consolidó el Estado nacional. Ya no era necesaria esta figura: se necesitaba una figura más universal que estuviera dispuesta a la defensa del bien nacional por encima de los intereses de la localidad. Se pensó entonces en los ejércitos integrados por personas que se dedicasen a estos menesteres y que eran contratados para la función que se les pedía. Tenían una cierta preparación y eran reclutados en las ciudades. Son los ejércitos formados por personal mercenario, cuyos contratos recaían sobre personas que se comprometían a luchar en el frente y que aceptaban las condiciones que se les imponían.

Dos sistemas de reclutamiento, entre otros, eran los habituales: o bien mediante el capitán que elegía a su propio batallón, o bien a través de los concejos que seleccionaban por sorteo a los jóvenes de la localidad que tenían que ir al Ejército. Se reclutaba al personal por el tiempo exacto que duraban las guerras, escogiendo normalmente a personas no integradas en la sociedad como eran los marginados, los mendigos y los que no querían trabajar. Lo malo de este sistema es que a los mercenarios no se les podía pedir el amor a la patria: lo mismo luchaban con unos que con otros, siendo de su obligación cumplir los contratos que se estipulaban. Si no amaban la nación y la patria, al menos sí consideraban muy importante sus vidas y por eso luchaban, para defenderse ellos mismos, como si fuesen ejércitos profesionales. No era extraña la rapiña que practicaban puesto que una parte del salario era percibido en especie según el botín que habían expoliado.

Pero esta figura era muy costosa y estaba desacreditada entre la población[1]. Pronto se apeló en los pueblos a las soldadas para ayudar a la financiación de estos ejércitos. Los múltiples conflictos que se dieron en el siglo XVII –guerras con los protestantes, guerras con Portugal, guerras con Cataluña, Guerra de Sucesión– contribuyeron a crear el impuesto de soldados que era pagado fielmente por cada pueblo. Por cada 100 vecinos, otras veces por cada 50, había que contribuir con una soldada, que equivalía al mantenimiento de un soldado, voluntario o mercenario[2]. Los pueblos o villas que tenían más vecinos tenían que ampliar su contribución, pero también los más pequeños se encargaban de contribuir con sus haciendas a financiar este evento (García Sanz, Benjamín, 1989, 262).

[1] Se les pagaba, además del salario que estaba recogido en el contrato, con los expolios que hacían a la población atacada. Por eso su fama podía mejorar.

[2] Esta cifra era oscilante. Más bien se incrementó la aportación, cosa que fue totalmente necesaria para el mantenimiento del Ejército.

Pero la obligación no terminaba aquí. Con este procedimiento, y la cuota más o menos fija de unos ingresos, se pudo contratar a mercenarios y a soldados voluntarios. Además, cada pueblo debía procurar el sostenimiento de los ejércitos que pasaban por la localidad, lo mismo que contribuir a su sostenimiento una vez que se ubicaban en un determinado lugar para pasar el invierno. Los vecinos debían contribuir con sus bienes al sostenimiento de los soldados, siendo concebida su presencia como una verdadera plaga. Queda por demostrar cómo la presencia de los ejércitos en un determinado lugar contribuyó al empobrecimiento general, despertando al mismo tiempo la solidaridad de la gente para hacer frente a los desmanes que ocasionaba su presencia. Son muchos los ejemplos que se podían citar (García Sanz, Benjamín 1989, 262 y 263; 2008, 183 y 184; y 2011, 210 y 2011), pero está por descubrir la repercusión económica y social de la presencia de los ejércitos en los pueblos una vez que se acababan las guerras y había que invernar.

Pero apelar a los voluntarios dejó de interesar. Por este motivo se crea a principios del siglo XVIII, y coincidiendo con la Guerra de Sucesión, un Ejército de voluntarios selectivos, para lo que se obliga a cada circunscripción a reclutar soldados de entre 18 y 30 años, haciéndose la selección uno por cada 100 vecinos.

Se necesitaba una corrección y esta llegó al finalizar el siglo XVIII[3]. Con Carlos III, en el año 1770, se dictó la ordenanza en la que uno de cada cinco jóvenes en edad militar tenía que incorporarse cada año al Ejército. La edad estaba comprendida entre los 18 y 40 años, y el método que se aprobó fue el sorteo; cada pueblo tenía obligación de contribuir con un número de soldados. Esto obligó a que se generalizase el término de los "quintos" o "las quintas". Cada pueblo, una vez iniciado el año en curso, debía determinar el número de soldados que debería enviar al Ejército; este constaba de dos grupos: el primero y principal lo constituían los jóvenes que cumplían 20 años, y el segundo los denominados soldados o suplentes cuya edad estaba comprendida entre los 22 y los 35 años. Pero las ordenanzas a este respecto eran cambiantes: se cambiaron los reemplazos, las sustituciones, los reclutamientos, los años del servicio, los voluntarios y los mercenarios, etc. Martínez Paricio y De Miguel Amando han desarrollado estos cambios hasta llegar al Ejército profesional el 1 de enero del año 2002 (Martínez Paricio y De Miguel Amando, 2005, 1-55).

Pero la gran discusión era si la mili debería abarcar a todos los jóvenes, menos a los impedidos, o debería admitirse la liberación por dinero. Si bien hasta la Guerra Civil no se arregló el problema, ya el 19 de enero

[3] Los primeros ejércitos regulares datan de la Revolución Francesa de 1793, cuando surgió la doctrina de que todo ciudadano ha de ser soldado como todo soldado ciudadano. Entonces se creó un modelo que fue imitado por el resto de países.

de 1912 se dio una solución parcial mediante la figura del soldado de cuota[4].

A pesar de que era la gran ocasión para que los jóvenes saliesen del pueblo y se relacionasen con otra gente, su salida no era bien vista ni por ellos mismos ni por la familia, y las disculpas para no ser seleccionado estaban a la orden del día. Unos aducían encontrarse enfermos y acreditaban sus dolencias, y otros argüían ser necesarios para el trabajo en sus casas porque sus padres estaban impedidos o eran ancianos y ya no podían sostener a la familia. No faltan quienes citan a otros hermanos que ya están en la mili, alguno de los cuales está impedido por motivos bélicos. Martínez Paricio y De Miguel Amando (2005, 18) han resumido las excepciones en cuatro apartados: familiares, "hijo único que resultaba imprescindible para el mantenimiento de la familia"; físicas, por no dar la talla o presentar algunas enfermedades; profesionales, por "desempeñar oficios considerados imprescindibles para la actividad económica", y, finalmente, por la redención en el sorteo o la sustitución.

Como se puede deducir, todavía está generalizada la sustitución de soldados por dinero. Pero ya no se trata de que cada pueblo contribuya con su dinero al mantenimiento del Ejército sino de que se envíen soldados. Cada pueblo tiene obligación de alistar a los que hayan cumplido 18 años, pudiéndose sustituir por otros que paguen los emolumentos del sostenimiento. Este es el método. Los más pudientes se libraban de la mili en perjuicio de los más pobres o de gentes que no quisieran trabajar en el campo.

Pero esta práctica se corrige. Después de la Guerra Civil todo el mundo debe jurar bandera, incluso los sacerdotes, aunque no tengan que ir a la mili, aunque hay una excepción: los estudiantes que no se someten a la mili normal sino que realizan las milicias, durante el verano, una vez que terminan el curso. Esta ventaja no se permite a los jóvenes que han encontrado trabajo, si bien también se contempla la situación.

La unión del pueblo al Ejército es una práctica general entre los españoles. Es importante resaltar la importancia del servicio militar en esta época[5]: los mozos tienen la oportunidad de salir de su pueblo, máxime en un período en que España está aislada del resto de Europa (no ha intervenido en la Segunda Guerra Mundial). Los recuerdos, que aún perduran de esa época, son importantes. Se conocieron territorios, se hicieron amigos, y lo más llamativo es que para muchos fue la única salida que realizaron fuera del pueblo.

[4] Al soldado de cuota no se le eximía de la mili sino que se le reducía el tiempo. Podía elegir la unidad militar en la que deseaba servir mediante el pago de una cantidad que variaba entre las 1500 y las 5000 pesetas.

[5] Es rara la familia que no conserva alguna foto de la mili. Para muchos fue la primera foto que exhiben ante los demás como una verdadera joya.

Para muchos jóvenes fue la primera vez que entraron en contacto con el exterior. La emigración rural, que empezó hacia los años 50-55, fue un fenómeno que pudo contar con esta experiencia. Muchos de los que salieron se quedaron en la ciudad en la que realizaban el servicio militar, contribuyendo al desarrollo industrial que se estaba produciendo en ese momento (Martínez Paricio y De Miguel Amando, 2005, 34).

Está por analizar lo que supuso el servicio militar para los jóvenes del mundo rural; muchos de ellos aprendieron a leer, algún oficio y, lo que es más importante, a comportarse en público, interiorizando ciertas reglas de urbanidad que no estaban vigentes en los pueblos. Todavía se recuerda a los que convivieron en la mili y no es extraño que algunos se consideren verdaderos amigos.

Pero esta sintonía entre Ejército y sociedad empieza a quebrarse. Las deserciones son cada vez más habituales[6], y se llega a esta situación porque la mayoría de los jóvenes no quieren ir a la mili. Unos argumentan la objeción de conciencia, otros se apoyan en la insumisión y no faltan los que retrasan la mili para acogerse a la nueva norma. Al final, la obligación se diluye y solo afecta a unos pocos.

Preguntados los jóvenes que estaban implicados en esta medida parece que mayoritariamente respondieron que no querían ir a la mili. Esto da a entender que la sintonía entre Ejército y sociedad aún no había cuajado, por lo que la medida fue aceptada unánimemente. No se había dado lo que denomina el coronel Hueso García como "conciencia de defensa" (*La crisis económica: ¿causa o consecuencia?,* p. 20). Martínez Paricio (2012) señala:

> *…el servicio militar era obligatorio y siempre fue valorado como impuesto pesado. Un impuesto desigual e injusto que pagaban los mismos, los que menos posibles tenían. No estimulaba el estudio. Los que pasaban por la mili no se planteaban conocer las razones y el sentido del Ejército. El tiempo en el cuartel tenía que pasar de la forma más llevadera posible. En unos casos servía para salir del campo, conocer la ciudad y aprender las letras o un oficio. Llegado el caso había que aprender a escaquearse (hacer lo posible para evitar las obligaciones sin que se llegue a notar que no se hace lo que es debido). Era el conocimiento al que todos se aplicaban.*

También se argumentan razones técnicas como que el actual modelo mixto[7] "es insuficiente e inadecuado para dar respuesta a los nuevos riesgos y amenazas" o que "la sociedad demanda un nuevo modelo acor-

[6] Según datos aportados por Rafael Ajangiz, en el año 1999 se incorporan el 41 % de los jóvenes sorteados; en el 2000, el 25 %, y en el 2001, el 8 %. AJANGIZ, R., 2003, 33. El resto, en su mayoría, fueron deserciones.

[7] Se llama modelo mixto porque los que iban a la mili estaban constituidos por los voluntarios y por los de reemplazo u obligatorios.

de con el tiempo actual y con la evolución de la misma sociedad" (Ajangiz, Rafael, 2003, 29). La decisión que toma el Gobierno de Aznar no fue, pues, caprichosa; ya estaban puestas las bases y parece que la sociedad, y los jóvenes en particular, no quería ir a servir a la patria.

Si bien el proceso se inicia en el año 1986, no será hasta enero de 2002 que se crea el Ejército profesional y cesa la obligación de los jóvenes de nutrir los soldados del Ejército. Nadie protestó. Solo posteriormente se ha vuelto a abrir el debate y esto motivado por la dificultad para cubrir las bajas y las nuevas demandas.

Ejército obligatorio o profesional parece que no han entrado a formar parte de nuestra sociedad. Unos resaltan el carácter de gueto de los militares y otros el desentendimiento de la sociedad por las cuestiones de defensa. Janowitz (1968, 77) señala el aislamiento de los militares por el carácter cerrado de esta institución. Distinta es la apreciación de Díaz Alegría, que indica que "en las condiciones morales de la vida, en que los valores morales bajan de cotización a la vez que suben los materiales, la categoría social militar desciende inexorablemente y su vida se hace cada vez más difícil" (1972, 55). Respetando la identidad de la sociedad civil y militar es preciso recordar el enriquecimiento mutuo. La sociedad militar puede aportar algunos de sus rasgos a la sociedad civil, como esta a la sociedad militar. En todo caso, es necesario que la sociedad militar conozca a la sociedad civil, de la que es parte y representación, así como la sociedad civil los objetivos del Ejército.

La actitud de los jóvenes con el Ejército no parece ser muy entusiasta siendo sobre todo los inmigrantes los que acceden a estas profesiones, quedado libres en las convocatorias algunas plazas, y la mayor demanda en los dos últimos años no se debe al interés de los jóvenes por el Ejército, sino a la carencia de puestos de trabajo en la sociedad civil. Esta es la explicación, y no otra, de por qué en la actualidad se cubren las plazas y está disminuyendo la proporción de extranjeros. Algunos atribuyen la baja demanda a los sueldos que se pagan, por lo que lo lógico es subir los sueldos; esta medida debería incrementar la demanda, más en situación de crisis, aunque la relación no es unívoca pues hay que tener en cuenta la naturaleza del trabajo que se ofrece.

En definitiva, a partir de entonces aparece un nuevo modelo de Fuerzas Armadas que, si bien no está cerrado en cuanto al número de soldados que hay que reclutar, está claro que ha de ser un Ejército profesional que se adiestra en las tareas que tiene que realizar. Recogemos la recomendación que hacía Riaza Ballesteros (1986, P 99), que señala que debe existir "una más amplia y constante explotación sociológica, tanto cuantitativa como cualitativa, de cuál puede ser la realidad de las actitudes, motivaciones, aspiraciones y estímulos de los jóvenes en su constante evolución y cambio al ritmo de los tiempos".

Lo que dicen las encuestas recientes sobre el Ejército

En la actualidad tenemos la posibilidad de rastrear la opinión de la sociedad ante el Ejército. Por lo menos se hacen encuestas, cosa que hace unos años era poco probable. Los militares antes eran un grupo selecto y aislado en el que los hijos sustituían a los padres y ocupaban puestos relevantes en la ostentación del poder y en el ejercicio de la política; el pueblo, la sociedad, estaba al margen de los militares y solo se relacionaban con ellos mediante la mili. Todo empezó a cambiar con las encuestas. Ya en al año 1964, V. Pérez-Díaz realizó una encuesta a soldados y llegó a las conclusiones siguientes[8]: el servicio militar impone un paréntesis en la vida profesional, y más de una tercera parte contesta que no va a seguir la misma profesión: la mayor parte, sobre todo los que trabajan en el campo, piensan que va a mejorar su situación. El cambio de residencia está acreditado sobre todo en los que viven fuera de Madrid. En todo caso, el servicio militar constituye una función de elección de oficio o de profesión, bien para confirmar la anterior bien para sustituirla. El porvenir profesional se ve de una manera incierta: solo uno de cada tres ve el futuro con un cierto optimismo, por lo que salir al extranjero, como después se ha confirmado, es la solución laboral para la mayoría. Son más reticentes a esta solución los trabajadores que vienen del campo.

Respecto a la relación del Ejército con la sociedad, plantean que el Ejército, según los soldados entrevistados, quiere extender su visión del mundo, su modelo de valores, a la sociedad civil. Son menos reaccionarios a esta extensión los soldados que trabajan en tareas agrarias. En general, hacen una fuerte crítica al servicio militar, sobre todo por el trato recibido: piensan que los mandos no les tratan bien, y se les pide que se relacionen con ellos como con personas, por eso creen que el buen militar se debe caracterizar no tanto por su capacidad de mando sino por el buen trato. Finalmente, la mayoría piensa que es deseable el desarme, aunque esta no es la opinión de los militares. Como se puede apreciar, están puestas las bases para que las Fuerzas Armadas se profesionalicen. Bastan, quizás, ciertos cambios en la sociedad, que se dan a la muerte de Franco, para que se produzca esta revolución.

El profesor Juan Díez Nicolás analiza la penetración del Ejército en la sociedad y llega a esta conclusión:

> *Alrededor de tres de cuatro españoles opina que no hay ningún valor o ideal que justifique una guerra; uno de cada cuatro cree que España debería defender Ceuta y Melilla con las armas de un eventual ataque marroquí; algo más de uno de cada dos cree que España debería defenderse con las armas de un ataque militar en su territorio, pero solo uno de cada tres estaría dispuesto a empuñar las armas él mismo para*

[8] Boletín Informativo de Salamanca.

hacerlo, y menos de uno de cada diez españoles estaría de acuerdo en que España se defendiese con armas nucleares, incluso en caso de extrema necesidad (Díez Nicolás, 1986, 16).

A partir de la muerte de Franco la sociedad empezó a tener su propia opinión sobre el Ejército. Ya no era un grupo uniforme sino que empezaron las críticas dentro del propio Ejército y hubo militares que se desmarcaron de las posiciones tradicionales, no sabemos si por convicción o por estrategia. Desde luego no se observan hechos de protesta durante los años del franquismo. Unos dirán que porque no había libertad y no se podía ir en contra de las máximas de ese momento, pero otros pensarán que en esos años lo de menos eran las ideas, sino la seguridad en la vida.

Si bien ha mejorado levemente la opinión que tienen los españoles de nuestros militares (soldados y militares de carrera), en términos generales hay que señalar que es mejorable. Elegidas unas cuantas profesiones que se ejercen en la sociedad civil, en total diez –médico, bombero, profesor, policía, abogado, periodista, comerciante, empresario, soldado y militar–, las más bajas en cuanto a puntuación son el soldado y el militar, con una puntuación de 6,2 sobre 10[9]. Solo en los últimos años se superan los 6 puntos, cuando en los años anteriores ni siquiera se alcanzaba esa cifra. Comparando las puntuaciones que reciben los militares con las puntuaciones más altas –médico y bombero, que superan los 8 puntos sobre 10–, se percibe con nitidez lo que piensa nuestra sociedad del Ejército. Es una opinión que si bien no es del todo peyorativa –supera el aprobado–, tampoco se puede decir que sea muy favorable; al menos comparada con otras profesiones. Se puede especular pero lo que salta a la vista es que nuestra sociedad valora la profesión de militar por debajo incluso del empresario y del comerciante, profesiones de las que se tiene una opinión peyorativa porque están para ganar dinero. En el último barómetro del CIS[10] se pregunta por nueve profesiones: médicos, trabajadores sociales, profesores de centros públicos de enseñanza primaria y secundaria, profesores de universidades, diplomáticos, jueces, inspectores de Hacienda, bomberos y personas de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado; si bien no se menciona a las Fuerzas Armadas, se puede entender que también se las incluye. La respuesta no se hace en términos de puntuación, sino sobre el grado de confianza –mucha, bastante, poca o ninguna–. La conclusión es que la valoración de la seguridad ha mejorado sustancialmente pues el personal que se dedica a esta tarea aparece en el tercer o cuarto lugar, después de los bomberos y los médicos y por encima del resto. Los últimos lugares los ocupan los diplomáticos, los jueces y los inspectores de Hacienda con porcentajes que no superan el

[9] Ver estudio 2825 de diciembre de 2009 sobre la defensa nacional y las Fuerzas Armadas (VIII).

[10] Estudio 2944 de mayo de 2012.

30 % de los encuestados entre los que tienen en ellos mucha o bastante confianza, frente al 76 % que piensan lo mismo del personal de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado. A este respecto, hay que señalar que son mucho más reticentes los jóvenes que anteponen los trabajadores sociales y los profesores de enseñanza primaria y secundaria a los que se dedican a la seguridad.

CUADRO 1

PUNTUACIONES MEDIAS DE ALGUNAS PROFESIONES

	AÑO 1998	AÑO 1999	AÑO 2000	AÑO 2002	AÑO 2009
MÉDICO	8,1	8,3	8,5	8,4	8,6
BOMBERO	8,2	8,3	8,4	8,5	
PROFESOR	7,4	7,4	7,6	7,6	8,0
POLICÍA	6,7	6,7	7,0	6,8	7,2
ABOGADO	6,5	6,7	6,8	6,8	6,9
PERIODISTA	6,3	6,2	6,4	6,5	6,3
COMERCIANTE	6,2	6,4	6,5	6,4	6,6
EMPRESARIO	6,2	6,8	6,9	6,8	6,8
SOLDADO	6,0	6,0	5,7	6,2	
MILITAR	5,3	5,7	5,8	5,7	6,2

Fuente: CIS. Encuestas: 2277 (1998); 2317 (1999); 2379 (2000) y 2447 (2002).

Cabría profundizar en por qué hemos llegado a esta situación, cuando lo que en definitiva defiende el Ejército es algo muy vinculado con nuestra vida, la defensa de nuestros intereses, es decir, la seguridad, la convivencia y la paz. ¿No será que la imagen que el pueblo tiene es otra? ¿No será que los mandos del Ejército –esta es al menos la opinión– no están para solucionar problemas sino más bien para crearlos? Esta es la imagen que han trasmitido nuestros historiadores: los Ejércitos están para ganar guerras, de ahí sus estrategias y su modernización; al menos esto es lo que se cita. Nada se dice de la construcción de la paz, del orden y de la convivencia. Al menos, esto es lo que ha existido entre los conflictos bélicos, que no siempre han ocupado el tiempo de nuestros Ejércitos.

El Ejército está para asegurar la convivencia y la paz, pero no haciendo las funciones de una ONG sino declarando, cuando es preciso, la guerra. Nadie quiere llamar a las cosas por su nombre, pero el Ejército es un ejército y las soluciones a la paz unas veces pasan por la negociación y

otras por el conflicto armado. Precisamente por ello se resalta el armamento de las Fuerzas Armadas y su estrategia de cara al futuro.

En un reciente trabajo (Pérez-Díaz, 2012), tanto Pérez-Díaz como Kaplan resaltan el papel de los países de cara al futuro. China y la India invierten cada vez más en armamento porque saben que su futuro y su peso en el mundo dependen de ello. Un país fuerte es el que lo es también militarmente y para ello hace falta inversión.

Para tener una idea acertada de nuestros Ejércitos deberíamos preguntar a los que vivieron el momento de la intervención para saber si fue o no acertada. ¡Ojo!: no se trata solo de valorar el momento de la intervención sino las consecuencias derivadas de la intervención militar para la sociedad en los años posteriores.

El Ejército no interviene a no ser que se den las causas para ello; pero otra es la opinión para juzgar con posterioridad su intervención. Pensamos que la intervención fue acertada o no según la idea que prime en el momento; si la opinión sigue siendo favorable, ponemos una medalla a nuestro Ejército pero si no, le vilipendiamos y le hacemos responsable de los males que posteriormente han sucedido.

Ejército e identidad nacional van a la par; al menos, eso es lo que se deduce de las conversaciones, de la oposición entre derecha e izquierda y de las propias encuestas. Este enfrentamiento aparece cuando se pregunta a la gente por su identidad con España: si bien solo una minoría dice que se siente únicamente español, si le añadimos los que se consideran más españoles que de su comunidad autónoma, o tan españoles como de su comunidad, nos estamos refiriendo a la mayoría. Todavía, no obstante, hay un pequeño grupo que se siente más de su comunidad, o solo de su comunidad, que españoles. Estos datos son congruentes con el orgullo de ser español, que incluye a la mayoría, frente a una minoría que siente poco o ningún orgullo de ser español. Aunque siempre habrá disidentes con lo español, salta a la vista que algunos vean enfrentado ser de su comunidad con ser españoles. No cabe duda de que nos sentimos españoles porque pertenecemos a un territorio, a una autonomía, a un pueblo, que están dentro de la demarcación española. El sentirse español no tiene que enfrentarse con ser de una comunidad ni de un pueblo; más aún, nuestro sentimiento de españoles nace precisamente de ahí. Ahí están nuestras raíces, en el pueblo, en la comunidad y en España, por eso nos podemos sentir de un pueblo determinado y no renunciar, sino legitimar, que somos también españoles.

No sé si la adhesión o el sentimiento de pertenencia a un país que se llama España aumenta cuando se ve un desfile militar, se iza la bandera, se escucha el himno nacional o se ve una ceremonia de carácter militar. Las encuestas nos dicen que un poco más de la mitad se ven embargados por algo de emoción o por una emoción muy fuerte cuando se escucha el

himno nacional, se iza la bandera o se asiste a un desfile militar. En una encuesta realizada recientemente[11], se preguntaba por los sentimientos que se generan "cuando escucho el himno o veo la bandera española": la mayoría contesta que está muy o bastante de acuerdo con estas expresiones. Desde luego, el sentimiento sobre la nación va en aumento, al menos fuera del País Vasco y Cataluña, donde no parece que haya una sintonía con estos símbolos. Si bien estas expresiones deberían ser de todos y todos deberíamos aflorar nuestro sentimiento más profundo de ser y sentirnos españoles, la verdad es que hay una parte que no comulga con estos símbolos. Otros se han encargado de evitar esta relación: han vinculado el himno, la bandera y el desfile militar con el franquismo, cuando son símbolos de unidad que todos deberíamos aceptar porque representan a nuestra nación.

Diferentes son las respuestas cuando se pregunta por arriesgar la vida: un poco menos de la mitad estarían dispuestos a arriesgar su vida, y solo una cuarta parte por la patria. En contra, la mayoría lo haría por salvar la vida de otra persona y algo menos de la mitad estarían dispuestos a participar voluntariamente en algún conflicto, incluyendo también a los probables. La contradicción surge cuando se pregunta si merece la pena arriesgar la vida, dejando aparte la familia, y solo la mitad dicen que sí. Cuando se concreta este riesgo baja algo los que lo harían por la patria, pero sube de forma extraordinaria los que lo harían por salvar la vida de otra persona, la paz y la libertad; solo la mitad lo haría por la justicia. Comparando estos datos con los de otras encuestas que se hicieron hace 10 años, se observa que estas cifras van descendiendo lo que confirma una vez más la falta de valores de nuestra sociedad y, sobre todo, entre los jóvenes. No están dispuestos a sacrificar su vida por nadie, ni siquiera por los que están en peligro. Se ama más la propia vida que la de los demás, y a esto se supeditan los esfuerzos.

En consonancia con esta postura, solo menos de la mitad de los españoles ven claro que habría que defender a la patria cuando fuera atacada militarmente, pensando lo contrario el resto: una minoría probablemente no la defendería y el resto, hasta llegar a la mitad, seguro que no. Estas respuestas nos indican que siempre habrá una ruptura entre Ejército y sociedad y que solo los que tienen vocación de servicio estarían dispuestos a arriesgar su vida cuando sea necesario. El resto nos moveremos por sentimientos que en unos momentos estarán a favor de lo que señale la autoridad y, en otros, en contra.

Precisamente por esto las respuestas son tan variadas cuando se pregunta por la declaración de una intervención militar: la mayoría la jus-

[11] La encuesta ha sido publicado por FUNCAS con el título La crisis y las autonomías, cuyos autores son Víctor Pérez-Díaz, Juan Carlos Rodríguez y Josu Mezo.

tificaría, siempre que se trate de la defensa del país, la minoría lo haría si está en riesgo un país europeo, una cuarta parte para defender los intereses económicos de los españoles y la mitad para llevar ayuda humanitaria a zonas en conflicto.

Como se puede apreciar, la gente no es muy proclive a la intervención militar, aun cuando de la no intervención se pueden derivar más males que de la intervención. Se aboga por el pacifismo sin ver que la opción aparente por la paz, los valores y la democracia están generando conflictos que estallarán cuando menos se piense. Hacer la guerra en momentos determinados es beneficioso para todos, aunque esto no se reconozca ni se diga.

Siguiendo con los valores que han de estar presentes en la vida militar, se citan la obediencia, la preparación técnica, la valentía, la tolerancia, la honradez, el espíritu de sacrificio, la disciplina, la solidaridad y la capacidad de mando. Se señalan, no obstante, como los más importantes la preparación técnica, la valentía, la obediencia y la honradez; al resto se les asignan puntuaciones más bajas, destacando entre ellos la disciplina, el espíritu de sacrificio y la responsabilidad. Todos estos valores son poco estimados hoy, sobre todo los de la obediencia, la honradez, la responsabilidad y el espíritu de sacrifico, pero hoy, que nos encontramos en un período de crisis, es imposible sacar adelante este país sin la presencia de estos valores. La responsabilidad y el esfuerzo son necesarios, a los que se debe unir también la honradez. Sin estos tres valores, muy presentes en nuestro Ejército, es imposible salir de la crisis.

Pero sigamos adelante con la evaluación social de nuestros militares. Nuestras Fuerzas Armadas, así lo reconocen nuestras encuestas, han contribuido y están contribuyendo al prestigio internacional, si bien no hay mucho interés en la prensa ni en el público en informarse del papel que realizan estas fuerzas. Solo uno de cada tres comenta con los familiares y amigos temas relacionados con los militares, siendo para el resto un tema del que no se habla y en el que apenas se tiene interés.

Recabando la opinión que la gente tiene en general de nuestras Fuerzas Armadas, solo la mitad, o menos, tiene una buena opinión y piensa que están preparadas, aunque la mayoría cree que en estos últimos años se ha mejorado mucho, nuestro Ejército está mejor preparado y cuenta con más medios técnicos.

Se desconoce el presupuesto que se dedica a las Fuerzas Armadas, aunque una cuarta parte de los entrevistados afirma que es excesivo[12]. Se

[12] Solo, según el profesor Díez Nicolás, el 16 % estaban de acuerdo con la afirmación "el presupuesto español para gastos de defensa es insignificante para garantizar mínimamente la seguridad nacional" (Díez Nicolás, opus cit., 17).

compensa esta afirmación negativa con esta otra, que afecta a una tercera parte, que indica que el presupuesto es adecuado[13].

Ante la discusión sobre si el Ejército debe ser profesional o representar a la sociedad con la mili obligatoria, parece que la opinión pública recoge el sentir de los jóvenes que no quieren ir a la mili y se escudan en la objeción de conciencia o en la inutilidad para el servicio: la mayoría de los encuestados afirman que el Ejército tiene que ser profesional, siendo totalmente necesarias la preparación técnica y la eficacia de las acciones encomendadas.

Otra cosa diferente es la financiación. Solo un poco más de una tercera parte estaría de acuerdo, o muy de acuerdo, en que se incrementase el dinero dedicado a la defensa en los presupuestos, siendo cerca de la mitad los que se opondrían a esta medida.

El acuerdo es general cuando se pregunta por las mujeres y el Ejército. Dicen "sí" a la incorporación, siendo una minoría los del "no". En este caso se reconoce que la mujer debería ocupar puestos de combate, como sería el caso de piloto de aviación o artillero en un tanque, igual que los hombres, pero una minoría aceptaría la desigualdad vetando a las mujeres para ocupar estos puestos. Se impone pues la igualdad entre hombres y mujeres, si bien con cierta reticencia en el mando. Se trata de un proceso del que actualmente no existen elementos para evaluar, hay que esperar un tiempo y el futuro nos dirá si las bases para la igualdad son correctas o no.

La importancia real del Ejército aparece cuando se pregunta por la amenaza. De momento no se ve ningún país extranjero que pueda atacarnos, aunque la cercanía de Marruecos y los conflictos tradicionales que hemos tenido con él pueden desatar el conflicto en cualquier momento. Por eso se cuidan las relaciones con el país vecino y lo primero que hacen los presidentes del Gobierno recién nombrados es visitarlo para estrechar las relaciones. No obstante, existe entre los dos países un enfrentamiento latente con el Sahara que no se sabe muy bien cómo va acabar.

Aunque no es a nosotros a los que directamente se ataque, sí se hace indirectamente pues estamos implicados en los conflictos que se generen en otros territorios, como actualmente en Asia y, probablemente, en África. En estos dos continentes hay países que se caracterizan por su inestabilidad y en cualquier momento puede surgir el conflicto.

[13] En la actualidad, se ha rebajado el presupuesto del Ministerio de Defensa el 8,8 %, reduciéndose las inversiones el 34,9 % y los programas de modernización del armamento en un 97,6 %. En esta partida se han reducido de 204,53 millones de euros a 4,95 millones de euros, dejándose solo tres proyectos. Todo ello no impide la opinión positiva o negativa que se tenga del Ejército: en estos momentos de crisis se trata de reducir gastos y no se puede argumentar la necesidad de las inversiones en defensa cuando otros sectores como la educación o la sanidad están en peligro.

Pero aun siendo el ataque de carácter internacional, se prefiere un Ejército que controle exclusivamente el Gobierno español que otro integrado en un Ejército europeo o internacional. En este sentido, se reconoce que España haya participado en misiones internacionales de paz, como son los casos de Angola, Bosnia, Kosovo y, actualmente, en Libia y Afganistán; precisamente por eso se reconoce que nuestras Fuerzas Armadas han mejorado sensiblemente y se han hecho mucho más internacionales.

Preguntando a los jóvenes que han de nutrir nuestros Ejércitos, de cara al futuro la solución parece estar en estos cinco requisitos: el primero, tener vocación; el segundo, contar con un sueldo digno; el tercero, obtener una formación que aumente las posibilidades de encontrar trabajo en la vida civil; el cuarto, la seguridad de que al acabar el contrato con las Fuerzas Armadas se dé la posibilidad de ingresar en otros cuerpos de la Administración del Estado, y, finalmente, la obtención de puntos para concursar en oposiciones para el ingreso en la Administración.

Pero hay que reconocer que todos ellos no tienen el mismo rango; si no hay vocación, sobran todos los demás. Lo primero, y más necesario, es que a uno le guste dicha profesión, de otro modo no se sentirían atraídos ni por el sueldo ni por la formación; el sueldo y la formación vienen después de la vocación y son requisitos necesarios para afianzar la vocación: se puede tener mucha vocación pero si los sueldos son bajos no se puede garantizar que los jóvenes se comprometan en esta misión. Jerarquizar adecuadamente todos estos principios puede ser un atractivo para que nuestros jóvenes sientan interés por ocupar las bajas que se vayan dando.

Un principio, que no se cita pero que puede tener un interés importante de cara al futuro, es el ascenso interno o la carrera militar. Los dos han de verse como sendos estímulos para los jóvenes que quieren ir al Ejército. Ambos son importantes para aquellos jóvenes que quieren hacer carrera en el Ejército; poder promocionarse. La promoción no siempre ha de depender de los estudios sino de la experiencia que proporciona el trabajo. Este ha sido un método tradicional y hay que recuperarlo compaginándolo también con el estudio.

Por otro lado, los jóvenes que pueden ir al Ejército valoran sobre todo el poder ver mundo, el estilo militar, la afición a las actividades deportivas y físicas, la posibilidad de resolver conflictos, la camaradería y el espíritu de equipo y el desarrollo de un trabajo interesante. Pero todo ello es importante o muy importante para una minoría de jóvenes que ve en la carrera militar una salida para su vocación. El resto, que son la mayoría, ven poco probable o nada probable pertenecer a esta institución por muy bien que se les pongan las cosas.

Centrándonos en los porqués de los que quieren ser militares, sobresale la vocación, seguida del interés por tener un trabajo. Estos, los que quie-

ren ser militares, inciden en que se trata de un compromiso a largo plazo que puede comprometer para siempre su vida.

Los otros, los que no quieren ir al Ejército, que rozan la mayoría, dicen que se debe a sus convicciones. No se valora lo que supone el control social, que en este caso pesa mucho. Ningún joven dice que quiere ir al Ejército, porque inmediatamente se daría el rechazo de los demás, pero sí dicen que quieren ser funcionarios; no lo afirman pero se deduce que son pacifistas y que el Ejército es todo lo contrario a todo aquello que ellos aman en la vida. Y una minoría –uno de cada cinco– señala que se trata de una profesión muy dura y que tiene un riesgo que ellos, a pesar de ser jóvenes, no están dispuestos a aceptar; al menos estos son sinceros y no confunden el riesgo y la vida dura con la vocación. Que los jóvenes de hoy no aman el riesgo se deduce de que hay muy pocos que quieran ser empresarios, así que la mayoría no quiere luchar y se contenta con un salario, si es alto mejor y si es de funcionario no ponen condiciones.

El Ejército, por fin, ya no es solo una profesión que afecte a los hombres sino también a las mujeres. Ha cambiado mucho la sociedad desde que la primera mujer se incorporó al Ejército, aunque todavía siguen siendo una minoría, pero todo indica que la sociedad española está en esta dirección: que la mujer se incorpore al Ejército, como se ha sumado al trabajo de la empresa. También puede asumir las mismas responsabilidades que los hombres, ahora bien, hay matices. Al menos eso es lo que indican las encuestas: una de cada tres mujeres estaría dispuesta a ocupar puestos operativos, prefiriendo la mayoría puestos administrativos. Todo ello contradice la vocación puesto que cuando se entra en el Ejército se está dispuesto a aceptar cualquier misión y no valen las apetencias personales. De otro modo, se entraría en el Ejército como se entra en una profesión y habría que dejar al margen la vocación, esto es de momento lo que señalan las encuestas.

No existe discriminación en la familia si un hijo o una hija quiere ser militar. Eso es, al menos, lo que se dice. En ambos casos, casi la mitad, contarían con el apoyo familiar, aunque uno de cada tres padres se lo desaconsejarían; el resto, uno de cada cuatro, no se deciden y responden que ni les aconsejarían ni les desaconsejarían. Los que apoyan la decisión del hijo o de la hija argumentan, la mayoría, el respeto a las decisiones personales, y solo una minoría muy pequeña se fijaría en la seguridad del puesto de trabajo o en la vida militar. Por el contrario, los que desaconsejarían a sus hijos tomar esta decisión se fundamentarían en sus ideas, en sus convicciones (se sobrentiende que son pacifistas y contrarios al Ejército) y en el riesgo de la vida militar. Insiste una minoría en la vida dura de esta profesión.

No hay que ser muy experto en análisis de datos para concluir que los pacifistas están a favor de la ideología, de lo que ellos piensan, y en

este sentido aconsejan la decisión que hay que tomar; no suelen dar opción a las decisiones personales, a lo que en definitiva quieren hacer los hijos o las hijas sino que ellos asumen la decisión final aunque no se ajuste a lo que sus hijos previamente habían decidido. Los otros, los no pacifistas, estarían entonces a favor de la libertad, de la toma de decisiones personales, aunque tengan ciertos riesgos para sus vidas. Apoyar las decisiones personales, aunque no coincidan con la ideología, es lo más razonable. Este es un signo de una sociedad madura, el dejar que cada uno elija lo que le conviene sin someterse a la opinión de los demás; siempre hay que escuchar los razonamientos que exponen unos y otros, pero al final hay que tomar una decisión y lo mejor es hacerlo sobre lo que cada uno piensa. Los demás debemos ser respetuosos con las decisiones tomadas, aunque no se ajusten a nuestras ideas, de otro modo corremos el peligro de justificar o condenar lo mismo según quién ha tomado la decisión. Como muestra vale justificar la retirada de las Fuerzas Armadas de Irak y legitimar en cambio el envío de tropas a Afganistán.

La seguridad y la paz como elementos fundamentales del cometido de los Ejércitos

Podemos estar de acuerdo o en desacuerdo con la misión que hay que asignar a nuestro Ejército, pero un hecho evidente es que siempre ha habido Ejército. Por ceñirnos a los últimos tiempos: lo hubo en tiempo de los señores feudales, lo hubo cuando se empezaron a estructurar los reinos, lo hubo en tiempo de los Reyes Católicos, lo hubo con los Austrias y los Borbones y lo hay actualmente. Unos justificarán su presencia en el poder –siempre ha habido poder y el Ejército ha sido uno de los medios para garantizar su distribución–, pero otros, más juiciosos y ponderados, argumentarán que nuestra sociedad siempre ha necesitado de una fuerza que le dé seguridad, incluso que luche contra las amenazas que pueden venir del mundo exterior. Hay quienes van más allá y piensan en la paz: paz para negociar y crear trabajo, paz para ejercer la libertad y los valores en los que se cree, paz para convivir y relacionarse democráticamente, paz para desarrollarse como persona, paz para el buen funcionamiento de la sociedad. Sin Ejército, es decir, sin una fuerza superior que garantice la convivencia, es imposible que funcione la sociedad. El hombre, como decía Hobbes, es un lobo para el hombre. Por eso no se puede pretender la paz y la seguridad sin una fuerza superior que garantice la igualdad. Los más fuertes se opondrían a los más débiles y los más poderosos económicamente a los que tienen menos; los mendaces a los honrados y los que quieren vivir del cuento a los que viven de su trabajo. Es verdad que algo de esto ha pasado en la historia pero siempre se ha revestido con un principio general de "el bien del pueblo", aunque se suele confundir el bien del pueblo con el bien de unos pocos.

Según estos principios, estas son las tres virtudes que se piden a nuestro Ejército: seguridad interior, seguridad exterior y, finalmente, la paz.

La seguridad interior mantiene viva la idea que aparece en nuestra Constitución. Este país se rige por la democracia y mientras una ley, aprobada por el Parlamento, no diga lo contrario, el Ejército debe cumplir estrictamente lo que diga la Constitución y el Gobierno de turno.

El Ejército, también, debe velar por la seguridad exterior. Cuando hablamos de seguridad exterior nos referimos no solo a las amenazas que puede sufrir nuestro país de países que no están en el entorno de la Comunidad Europea o de la OTAN, sino también la seguridad que afecta a todos estos países. De ahí las misiones que se nos encomiendan en Afganistán, Libia, Siria, etc. En todas estas misiones se busca la seguridad y, precisamente por ello, se lucha contra los que pueden desactivar la convivencia. Hay otros motivos que no es el momento de recordar, pero en todo caso el Ejército cumple con la obligación que le asignan los políticos.

La tercera idea que hace que se movilicen las fuerzas del Ejército es la paz. Parece que hay una contradicción entre Ejército, sinónimo de guerra, y paz, pero el mismo adagio lo indica: *si vis pacem para bellum*, "si quieres la paz, prepara la guerra". Guerra y paz van unidos y esto lo saben muy bien nuestros militares. No se puede pedir la paz cuando no se neutraliza a los espíritus disidentes, cuando cada uno puede hacer su voluntad sin que nadie le corrija ni le intimide; no se pude pedir la paz cuando se conculcan los derechos de los demás y se anteponen los derechos a los deberes; no se puede pedir la paz cuando desde niño se educa en el espíritu de guerra y se hace saber que los otros son nuestros enemigos a los que hay que vencer y, si se puede, destruir y aniquilar. Por eso son muy importantes las misivas de paz de nuestro Ejército: misivas para construir escuelas y educar; misivas para hacer hospitales y curar; misivas para hacer carreteras y movilizarse. No es que nuestro Ejército tenga que hacer todas estas cosas, no es una ONG, pero ellos son los que deben poner las bases para que todo esto se realice.

Así pues, el Ejército no está para matar aunque lo crean algunos, sino para salvaguardar la unidad territorial, evitar atropellos y poner las bases de la paz. Si todos los hombres fuésemos buenos por naturaleza no serían necesarios los Ejércitos, pero sucede todo lo contrario. Cada uno de nosotros queremos mandar a los demás y, si es posible, suplantar las tesis de la convivencia por nuestras propias ideas. La vida siempre ha sido una lucha de poderes. De ahí la presencia de los Ejércitos, y garantizar el poder de los que están al frente de él ha sido una misión del Ejército. No voy a hacer un repaso histórico de quién ha ostentado el poder y cómo los Ejércitos lo han legitimado; basta asentar los principios del presente. El Ejército, nuestro Ejército, está para defender la democracia,

para legitimar que el poder no viene de Dios sino del pueblo, y poner los medios para cumplir con este principio recogido en nuestra Constitución. Si no hay un poder físico por encima del poder verbal, es imposible que se cumplan los principios de la convivencia. No valen las palabras para convencer, hay que apelar a los hechos. El Ejército actúa primero con palabras y después con hechos si no queda más remedio.

Algunos han apuntado que ha cambiado la relación entre Ejército y sociedad. Antes, los Ejércitos se debían más que nada a salvaguardar la unidad territorial y hoy son unos servidores de la sociedad; aun así, las relaciones entre Ejército y sociedad son oscilantes. Para que la sociedad apruebe la intervención del Ejército se deberán cumplir al menos estas tres premisas: que existan principios y valores normativos que avalen esa intervención; que se dé un apoyo social expreso y no tácito de los grupos políticos, y que se obtengan los resultados apetecidos (citado por Ajangiz, R., 2002, 98). Aun así, no hay garantías de que la sociedad apoye las actuaciones del Ejército. Unas veces, porque se anteponen los principios de la paz a los de la guerra y otras, porque se considera que el Ejército no debe convertirse en una fuerza humanitaria. Todo ello viene a demostrar que hay una ruptura entre el Ejército y la sociedad, o al menos esto es lo que demuestran las encuestas.

Insistimos en esa ruptura puesto que hay una tercera parte de los encuestados que ha tenido una relación directa con las Fuerzas Armadas: bien porque es militar, la minoría; bien porque ha hecho el servicio militar, la mayoría, o bien porque trabaja con los militares, un grupo insignificante.

Es lógico que una parte de ellos opine a favor del Ejército, bien por convicción, bien por conocimiento, bien por interés. Si deducimos la opinión de este colectivo, hay un sentir general que señala que sobra el Ejército en nuestra sociedad: no se entiende que en el mundo haya Ejércitos encargados de la violencia organizada y que encima tengan sus gastos y sus partidas en los presupuestos generales; es una institución innecesaria que había que suprimir. Por eso, a la hora de recortar los presupuestos de gasto del Estado, la mayoría de los jóvenes piensan en los militares y en el Ejército.

Desde luego, hay que resaltar que la sociedad tiene una imagen equivocada del Ejército, aunque apela a él cuando le necesita y esta imagen negativa del Ejército se ha producido porque nos hemos formado una opinión equivocada de lo que ha hecho esta institución a lo largo de la historia. No se ha resaltado su aportación a la convivencia y a la paz sino que se ha hecho alusión únicamente a los enfrentamientos y a la violencia. Es verdad que detrás de los conflictos aparecían ambiciones de los reyes, pero no es menos cierto que el pueblo se veía perjudicado por ello.

Este extremo queda patente en la difusión de ideas que han hecho los historiadores sobre las guerras y la participación de los Ejércitos. Se

margina la importancia del conflicto en sí y del Ejército que sale victorioso y nada se dice de la paz que se genera posteriormente.

Aunque desde entonces han pasado muchos años, la sociedad no ha integrado, sobre todo los jóvenes, el actual Ejército pues piensa que es una rémora del franquismo que hay que superar. Si bien el Ejército y los militares se han preocupado de ser portavoces del Gobierno de turno y del pueblo, la sociedad no ha entendido este mensaje. Ellos se esfuerzan por cumplir con la misión que se les encomiende y de hecho se han incorporado con éxito a la UE y a la OTAN, pero el pueblo no termina de ver el cambio. Como consecuencia, el Ejército no ha entrado de lleno en nuestra sociedad para cumplir en ella la misión que le es propia.

La desvinculación del Ejército con la sociedad se ha hecho más profunda una vez que se ha profesionalizado. Antes, mal que bien, había una relación del Ejército con la sociedad, relación que en la actualidad se ha roto. No entro a analizar si esta medida ha sido buena o mala, simplemente resalto que hasta que se profesionaliza el Ejército los jóvenes debían prestar los mejores años de su vida, aunque suponían una interrupción en su trabajo, al Ejército. Lo de menos eran los años que deberían prestar el servicio, lo importante era saber que nuestro Ejército se nutría de la sociedad y de la parte más sensible de ella.

Prueba del poco interés de la sociedad por nuestro Ejército es la baja estimación que tiene ser soldado. A pesar del paro, y sobre todo del paro joven, muy pocos quieren ser soldados y un porcentaje elevado se recluta entre jóvenes de otras nacionalidades. No existe lo mismo para puestos de funcionario ni de otras profesiones, aunque tengan una baja estimación social y no se caractericen por sus altas remuneraciones. La demanda en este caso suele superar a la oferta, lo contrario que pasa en el Ejército.

La importancia de los medios en la visión que tiene la sociedad del Ejército

Tenemos que preguntarnos una y otra vez por qué nuestros jóvenes no quieren ser militares cuando los puestos de trabajo en nuestra sociedad son tan escasos. Puede ser que influyan la disciplina y la obediencia, pero hay algo más, y es el rechazo a una institución que no acaba de verse como un bien para la sociedad. Esto obliga a los militares a difundir la misión de esta institución. Si la mayoría, y sobre todo los jóvenes, están equivocados hay que demostrarlo. No es suficiente ser bueno, hay que parecerlo y para ello hay que dar a conocer a través de los medios la importancia de esta institución.

Hablar de los medios nos lleva a indagar en dos ámbitos de difusión: en lo que hace el propio Ejército y en el conocimiento que tiene de él la so-

ciedad, y, en segundo lugar, preguntarnos por la difusión que hacen los medios, llámense los periódicos, la radio o la TV, de actividades del propio Ejército y de la opinión que se vierte hacia los ciudadanos.

En relación al primer punto, poco o nada sabe nuestra sociedad de lo que se realiza en el interior de nuestro Ejército. La información actual está centralizada y llega a la opinión pública a través del ministro de Defensa. Antes, la mayoría de jóvenes pasaban por el Ejército y obtenían una información, aunque fuese leve, de los principios básicos que sostenían a nuestro Ejército; ahora, ni eso. Por otro lado, las publicaciones que se hacen dentro del Ejército son endogámicas y apenas intentan informar a la población. Dar un nuevo rumbo a los gastos en propaganda y difusión es una obligación de nuestro Ejército; desde luego, una de las primeras obligaciones es informar a la sociedad.

Sin dinero no hay difusión, y sin dinero es imposible comunicar a la sociedad la importancia de nuestro Ejército. Se hace propaganda para reclutar soldados pero nada se dice de la bondad de esta profesión ni de la virtualidad para la sociedad. Conocer lo que el Ejército ha significado a lo largo de la historia y su importancia es hoy una obligación de nuestra sociedad, y también del Ejército, porque debe tener la obligación de comunicar a la sociedad por qué es necesaria la formación y la investigación. Ambas son necesarias para que el ejercicio del poder se produzca de una manera cada vez más racional, y es obligación de la sociedad conocer la importancia de sus instituciones para valorarlas y respetarlas.

No se trata de que cada uno de nosotros conozca los pormenores de esta institución, sino de que haya difusión de por qué y para qué sirve. Cada uno de nosotros debemos conocer los mínimos, y el que quiera saber algo más debe poder hacerlo con la información disponible. Esta es una tarea que afecta a nuestro Ejército y a la sociedad en general; es necesaria la presencia en los medios.

El Ejército debe velar para que los ciudadanos tengan un conocimiento de lo que hacen los soldados y los militares en tiempos de paz. El conocimiento de los ciudadanos no viene garantizado porque haya publicaciones especializadas sino porque esta institución aparezca en los medios, en los periódicos, en la radio y en la televisión. Sin un conocimiento de esta institución es imposible valorar la importancia para la sociedad.

Los primeros que deben valorar la importancia del Ejército para la sociedad son los propios militares, ellos son los primeros en difundir las ideas, y su convencimiento debe verterse hacia el exterior. Ellos, que constituyen el eje de esta institución, deben expresar con claridad lo que piensan de los hechos. ¿Por qué en las tertulias de la TV hay periodistas, economistas, abogados, sociólogos y apenas hay militares? Miento, alguno aparece cuando está jubilado. ¿Por qué no aparecen militares dando explicaciones de las intervenciones nacionales o internacionales como dan

su opinión los periodistas, los economistas o los políticos? Seguro que antes de intervenir se les ha preguntado por la intervención y la sociedad tiene derecho a saberlo. ¿No deberían explicar ellos mismos los conocimientos que tienen y se les exigen, las carreras cursadas y los idiomas que conocen? ¿No deberían explicar los ascensos y la capacitación exigida para ocupar un determinado cargo? ¿Por qué cuando se repliegan o se incrementan los activos no son ellos mismos los que señalan a la sociedad los motivos?

Resulta totalmente necesaria una presencia del Ejército en los medios de nuestra sociedad, la presencia no tiene por qué estar circunscrita a los momentos en los que se hacen anuncios para reclutar soldados. La presencia debe normalizarse y afectar no solo a los que se jubilan y pueden opinar, sino a todos los militares; debe extenderse a dar a conocer esta institución y la opinión en asuntos fundamentales de las principales cabezas. Es verdad que dentro del estamento militar cada uno tiene su opinión pero a la hora de expresarla cada cual no puede decir lo que le parezca, sino que debe haber una opinión conjunta, pero una opinión. En el Ejército debe pasar lo que acontece en los partidos políticos o en el Gobierno, en los que todos los que hablan son de la misma opinión aunque lo hagan a título personal.

En conclusión, debe darse a conocer lo que representa esta institución para la sociedad. Antes, con el servicio militar los jóvenes conocían el Ejército por dentro y tenían una opinión, buena o mala. Algunos recuerdan estos años como los mejores de su vida, otros los peores, y para algunos pasaron casi desapercibidos; menos mal que hicieron amigos y a esos sí les recuerdan. Ahora también tenemos una opinión pero con gran desconocimiento de lo que significa esta institución para la sociedad. En todos los países, y a lo largo de toda la historia, ha habido un Ejército; por algo será. Pero lo importante es la relación entre Ejército y sociedad, pues no existiría la sociedad sin el Ejército como tampoco se necesitaría Ejército sino hubiese hombres y convivencia en sociedad. Y aunque algunos piensan que habría que desmantelar el Ejército porque se trata de una institución innecesaria para la sociedad que acarrea gastos, esto es solo una opinión, tanto el Ejército como la sociedad son instituciones necesarias, y en cada momento habrá que definir su virtualidad: si la defensa del territorio o el orden, la buena convivencia y la paz para la sociedad; si la guerra o solamente la guerra preventiva para apaciguar los ánimos de los que atacan.

De todo ello tienen que hacerse eco los medios y mentalizar a nuestra sociedad de estos valores. Los medios tienen que dar a conocer lo que hacen los militares: sus investigaciones, sus valores, su disciplina, el orden, el principio de jerarquía. Y lo tiene que hacer la sociedad. Decir sociedad es referirse a los periódicos, a la radio y la TV. No se debe informar sobre el Ejército únicamente cuando se envían soldados a un territorio o haya

habido un acontecimiento luctuoso; el Ejército es más: como hemos señalado, difícilmente puede haber dentro de nuestra sociedad orden, seguridad, armonía, convivencia y paz si no existe una fuerza superior a la que denominamos Ejército. Para que el Ejército entre de lleno en nuestra sociedad se debe romper la endogamia como se ha hecho en otras profesiones. Nadie duda de que los jóvenes quieren ejercer la profesión de jueces, abogados del Estado, registradores, notarios, profesores, etc., pero solo unos pocos quieren ser militares. ¿Por qué esta distinción? ¿Por qué este rechazo de la carrera militar y sus escalas?

Algo habrá que hacer para que la sociedad tenga una buena opinión de nuestros militares como la tiene del médico, del abogado, del comerciante y del bombero. Si se cambia la opinión se puede pedir a la sociedad la financiación de esta institución: se puede pedir innovación, adaptación a los tiempos de nuestros Ejércitos, capacitación de nuestros militares, etc., de otro modo no se justificará el gasto y solo unos pocos lo verán como bien empleado.

Conclusiones

El Ejército es una institución totalmente necesaria para la sociedad. Sin Ejército no existiría sociedad. Así como la sociedad ha cambiado en el tiempo y en el espacio también lo ha hecho el Ejército. Desde los hidalgos hasta la contratación de mercenarios, pasando por los voluntarios, el Ejército conscripto y, finalmente, el Ejército profesional, se observan profundos cambios que han afectado a la sociedad y al Ejército, antiguamente vinculado a la Monarquía absoluta y más recientemente a la Monarquía constitucional.

Se puede decir que las actuaciones del Ejército no siempre han contado con la aprobación de la sociedad. El Ejército ha servido tradicionalmente a los que ostentaban el poder, cuando no él mismo se ha querido constituir en autoridad suprema dejando de lado la opinión de la gente con esta institución. Con la instauración de la democracia y la aprobación de la Constitución, el Ejército ha cambiado, como lo ha hecho toda la sociedad.

Si bien a lo largo de las páginas que anteceden se ha demostrado la importancia del Ejército para la sociedad, no basta con el hecho en sí, es necesario que también lo reconozca la sociedad. Nuestra sociedad ha dictado sentencia y prefiere un Ejército profesional a otro voluntario, delega en unos mandos especializados la defensa territorial y todo lo vinculado al orden, a la convivencia y a la paz, pero no está claro que nuestra sociedad no quiera al Ejército. Por supuesto que no quiere que nuestro Ejército sea especialista en ganar guerras, pero sí estima como valor vivir en paz, para lo que es necesario que se superen las contradicciones que embargan a nuestra población. Queremos el orden, la buena convivencia

y la paz pero sin Ejército, y esto no es posible. En cada país, así lo avalan los hechos, debe haber unas Fuerzas Armadas que velen por el orden, la convivencia y la paz; pero esto es imposible si no hay una legitimación en la sociedad.

Todo ello nos lleva a señalar que sin una difusión adecuada es imposible que nuestra sociedad supere las contradicciones y valore la importancia de nuestro Ejército. Se debe dar a conocer lo que hace nuestro Ejército durante el tiempo que no hay guerras y florece la paz y, también, las misiones del Ejército cuando aflora el conflicto o hay que pacificar determinados territorios. No nos olvidemos de que en la actualidad los Ejércitos no son solo nacionales sino también internacionales. Por eso, intervienen en conflictos que se libran más allá de nuestras fronteras; pero deben estar también preparados para sofocar los conflictos internos.

Bastaría el desarme para que otros, los mejor dotados militarmente, actuasen sometiendo a nuestra población, y no se contentarían con la sumisión territorial sino que nos obligarían a vivir con otros principios y con otros valores. Pensamos que esto no va a suceder nunca pero miremos la historia y veremos que después de largos periodos de paz ha habido también conflictos nacionales e internacionales. Prevenir es curar y para ello debemos cuidar nuestras Fuerzas Armadas. Lo mejor es que no pase nada y si al final llega el momento y tienen que actuar, es necesario que lo hagan con total garantía.

Siempre habrá personas de la sociedad civil que por sus intereses obligarán al pacifismo, pero ante tal insinuación debe prevalecer la opinión de la mayoría que quiere un Ejército profesional para salvaguardar su seguridad y, en definitiva, la paz.

El Ejército debe penetrar en nuestra sociedad y qué mejor manera de hacerlo que mostrar a la sociedad la vida militar. Los militares siempre han creído en las virtudes de la vida militar: el respeto, la jerarquía, la obediencia, el amor a la patria, el valor de los símbolos, la unidad territorial, la importancia de las leyes, los derechos y los deberes, etc. Más aún, se puede decir que esta institución ha pervivido, a pesar de los cambios, porque no ha cuestionado estos valores. Pero el Ejército es una institución social y si evoluciona lo hace al ritmo de la sociedad, en respuesta a las nuevas demandas de la sociedad. Por eso ninguno sabemos las misiones futuras de nuestro Ejército aunque intuimos que seguirá habiendo Ejército si se mantienen las virtudes que han acreditado a esta institución hasta los últimos años.

Llevar a la sociedad determinados comportamientos del Ejército es un deber de los militares. Valores militares como la obediencia, la autoridad de los mayores, el esfuerzo y el sacrificio o el servicio a los demás hoy son valores de los que precisa nuestra sociedad para mantenerse y evolucionar. No se trata de que la sociedad valore al Ejército, sino de que este

valor se sustente en el reconocimiento de lo que son los militares y lo que hacen, pero para ello es necesario que haya relación: la sociedad debe conocer a los militares y los militares deben trabajar para la sociedad. Ni los militares deben imponer a la sociedad la jerarquía de sus valores (Riaza Ballesteros, 1986, 78) ni la sociedad rechazar sin más los valores de esta sociedad como antiguos y obsoletos. Ahí está el secreto, en el entendimiento y en la legitimación externa. El periódico *La Razón* inicia una etapa nueva en este aspecto, así lo manifiesta en la edición del 22 de marzo de 2012 en la página 10 con el artículo titulado "Hay que rescatar principios", donde resalta que "la tolerancia no puede ser la misma, el servicio a la patria ya no es el mismo; hay que reenfocar la relación de los ciudadanos con el Ejército y con la lealtad nacional. Estamos en un momento apasionante". Esperamos que el futuro nos dé en este campo muchas alegrías.

Bibliografía

JANGIZ, Rafael: "El servicio militar obligatorio en el siglo xxi". CIS, *Cambio y conflicto,* número 196/2003.

Revista Reis. CIS, número 36/1986.

DÍAZ ALEGRÍA, M.: *Ejército y sociedad.* Madrid: Alianza Editorial, 1972.

DIEZ NICOLÁS, Juan: "La transición política y la opinión pública española ante los problemas de la defensa y hacia las Fuerzas Armadas". *Revista Reis.* CIS, número 36/1986,

FERNÁNDEZ SEGADO, F.: "Fuerzas Armadas-sociedad: del mutuo aislamiento a la progresiva integración". *Revista Reis.* CIS, número 36/1986.

JANOWITZ, M.: *The professional soldier. A social and political portrait. The Free Press Paperback.* Londres: MacMillan, 4.ª impr., 1968.

GARCÍA SANZ, B.: *Los campesinos en la sociedad rural tradicional.* Diputación de Valladolid, 1989.

GARCÍA SANZ, B.*: Vara de Rey: Semblanza histórica de un pueblo rural.* Diputación de Cuenca.

GARCÍA SANZ, B.: *Canalejas de Peñafiel. Historia y futuro de un pueblo rural.* Ayuntamiento de Canalejas, 2011.

MARTÍNEZ PARICIO, Jesús Ignacio y DE MIGUEL AMANDO: *Servir al Rey (recuerdo de la mili: 1938-2001).* Editorial Oberón, 2005.

MARTÍNEZ PARICIO, Jesús Ignacio: "¿Servicio militar obligatorio? ¿Servicio militar voluntario?". *Revista de estudios de juventud,* 27/1987.

MARTÍNEZ PARICIO, Jesús Ignacio: *El Amando.* En estudio, 2012.

PEREZ-DÍAZ, Víctor: "Encuesta sobre la vida militar". *Boletín informativo de Salamanca,* 1964.

PÉREZ-DÍAZ, V., Rodríguez, J. C. y Mezo, J.: *La crisis y las autonomías.* FUNCAS, 2012.

RIAZA BALLESTEROS, José M.ª: "Los jóvenes españoles y la institución militar." *Revista Reis.* CIS, número 36/1986.